

**LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ**  
**y El trabajo de mujeres y niños**  
Anselmo Lorenzo

BIBLIOTECA DE «LA REVISTA BLANCA»

---

# LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ

Y

## EL TRABAJO DE MUJERES Y NIÑOS

Artículos presentados con desgracia al Concurso para Obreros  
abierto por «El Liberal»

ESCRITOS POR

**ANSELMO LORENZO**

---

## EL 1.º DE MAYO

FIESTA DE PAZ

Artículo que ganó el primer premio en dicho Concurso  
POR

**MATÍAS GÓMEZ**

---

El producto de este folleto se destina á beneficio de los presos  
anarquistas, y de los extrañados por sustentar  
estas mismas ideas, que no trabajen el día que se haga el reparto.

Precio: 20 céntimos ejemplar y 2,50 paquete de 20.

---

MADRID

Imprenta de Antonio Marzo.

CALLE DE LAS POZAS, 12

1900

## ACLARACIÓN NECESARIA

La *Federación de los trabajadores de los Estados Unidos y Canadá*, acordó, en un Congreso celebrado en Chicago el año 1884, declarar la huelga general, en demanda de la jornada de ocho horas, el 1º de Mayo de 1886. Llegó la fecha señalada, se produjo la huelga, la policía atropelló a los huelguistas, matando e hiriendo a varios, y, el día 4, mientras un pelotón atacaba a los obreros, estalló una bomba entre las filas de los guardias, matando a diez. La autoridad no buscó al autor del atentado; detuvo y condenó a muerte a los obreros que, por su oratoria, inteligencia o actividad, más se habían distinguido en aquel movimiento obrero. Que los detenidos eran inocentes, lo demostraron los trámites del proceso; lo dijo la prensa obrera del mundo entero; lo confirmó, más tarde, la investigación abierta por un gobernador integérrimo que puso en libertad a los trabajadores condenados a presidio a consecuencia de aquella hecatombe, publicando, además, una memoria en donde se probaba, con miles de detalles y de pruebas, que los que habían sido condenados a muerte, eran tan inocentes del delito que se les imputó como el inismo presidente de la república norteamericana.

La convicción de que los obreros ejecutados estaban exentos de toda culpa; las circunstancias del asesinato jurídico; la intervención en el hecho tristísimo de la muerte de las madres, amantes y esposas de los sentenciados a la última pena; los discursos

solemnes de los presos y la serenidad con que subieron al patíbulo, produjo una gran conmoción en el mundo obrero, y el 1º de Mayo tomó cuerpo en el espíritu de las masas como una fecha de lucha y de rebeldía.

Los periódicos obreros, socialistas y anarquistas, hablaron mucho tiempo de este accidente; durante los dos o tres primeros años, el 1º de Mayo, fecha de la huelga, y el 11 de Noviembre, aniversario del asesinato, fueron días de ingratos recuerdos y de gratas esperanzas. En el ambiente obrero de ambos mundos, flotaba algo que había de tomar forma concreta y resumirse en un hecho que perpetuara la memoria de aquellas infamias y patentizara aspiraciones; el 1º de Mayo, recuerdo de una huelga formidable y de un crimen horrible, fue consagrado, permítasenos la palabra, por el proletariado universal.

Un Congreso socialista celebrado en París en 1889, haciéndose eco de los deseos del obrero internacional, acuerda celebrar el 1º de Mayo; en 11 de Noviembre del mismo año, los obreros españoles, por iniciativa de los de Barcelona, celebran un Certamen socialista en honor a los ejecutados en Chicago; los periódicos obreros dedican a ambas fechas números extraordinarios recordando las huelgas y las infamias de las autoridades de Chicago; y en esta caldeada atmósfera llega el 1º de Mayo de 1890.

¿Qué pasó en España? Por *misterios* de la política obrera los trabajadores se dividieron. La mayoría, pero una mayoría inmensa, estuvo por la huelga; la minoría, compuesta de socialistas demócratas<sup>1</sup> y de las pocas sociedades obreras que les seguían, se retiraron del movimiento huelguista, acordando celebrar el 1º de Mayo el primer domingo del propio mes, con una manifestación. No obstante, y sin los socialistas demócratas, que hicieron todo lo posible para restar fuerzas a la huelga, el 1º de Mayo resultó en España una gran manifestación de lucha y de protesta.

Llega el segundo 1º de Mayo, o sea el del 91, y se produce igual fenómeno: los socialistas demócratas combaten por segunda vez la idea de la huelga y acuerdan celebrar el día 4 la fiesta del 1º de Mayo.

Y preguntamos nosotros: ¿dieron importancia al 1º de Mayo las huelgas y el paro general realizado en esta misma fecha por los obreros españoles, o se la dieron las manifestaciones llevadas a cabo el 4 de Mayo y el primer domingo de Mayo por los socialistas autoritarios? Ni necesidad tenemos de contestación alguna. Todo el mundo ha de comprender, por el escaso resultado de los esfuerzos socialista demócratas, que en España el partido obrero no había influido poco ni mucho en la importancia que adquirió la impropia llamada Fiesta del Trabajo.

---

1 Cuando usamos la palabra socialista sin adjetivo, nos referimos a los dos partidos socialistas, el ácrata y el demócrata, que constituyen el socialismo.

Pero óigasen. Intervienen después en esta cuestión la prensa y la política. La primera, para sacar perros chicos; la segunda, para encauzar en sentido conservador las energías obreras.

La influencia en la opinión de estos dos factores no es aún escasa, por desgracia, y con los formidables recursos de la prensa de gran circulación y de la oratoria, se logra pervertir el significado y el objeto del 1º de Mayo, convirtiendo en un oficio cantado lo que había empezado por ser las guerrillas de la revolución social.

Desde este momento el obrero español, el verdadero obrero español, el que había dado carácter, significación e importancia al 1º de Mayo, lo abandona en poder de políticos obreros y de periodistas políticos. Y ¿qué ha sido el 1º de Mayo desde que lo abandonaron los trabajadores partidarios de la huelga? Poco menos que nada. El 1º de Mayo, ¿hubiera alcanzado el significado y el nombre que alcanzó, si siempre se hubiesen cuidado de él los que hoy se creen únicos representantes del movimiento obrero español? Por nosotros contestan los hechos. El 1º de Mayo sirve, en nuestros días, para escribir artículos líricos, para pronunciar discursos huecos, para banquetear y beber. De eso se hubiese reído siempre la burguesía y su prensa, aunque siempre hubiese fingido celebrarlo con pompa y seriedad.

Pero óigasen un poco más. Pasan dos, tres, cuatro años. La prensa ensalza la sensatez con que el obrero celebra el 1º de Mayo y hasta publica números extraordinarios *para asociarse a la Fiesta*

*del Trabajo*, y llega un período de confusión tal, que no se sabe lo que es socialismo ni quiénes son los socialistas. El espíritu socialista languidece, muere, y en las columnas de la prensa se confunde con el espíritu burgués. Burell se siente socialista; *Clarín* se siente socialista; Canals se siente socialista; Blasco se siente socialista... todo el mundo se siente aquí socialista.

Y ¿por qué se siente socialista la gente literaria? Unos, porque viste bien; otros, porque es un nuevo recurso para escribir artículos bonitos; los demás, y entre ellos *Clarín*, porque han oído a Iglesias y al comparar ideas con ideas, no hallan motivos para no llamarse socialistas. Y ¿por qué Iglesias explica un socialismo que encaja bien en los cerebros de los literatos burgueses y de los periodistas que han hecho de su arte un arte de defender cualquier cosa? Porque Iglesias ha comprendido que, para ir al Congreso de los Diputados, es necesario transigir *con el ambiente* que proporciona actas.

Y queda, aunque poco, algo que oír todavía. Los avispados de la política y de la burguesía, que, a la vez, son accionistas, propietarios o directores de periódicos, observan que los obreros se separan de los partidos republicanos para engrosar el socialismo; y como en el socialismo se manifiestan dos tendencias, una mansa y otra revolucionaria, una conservadora y otra radical, comprendiendo su interés, aquellos políticos burgueses dan bombos y enaltecen al manso, al objeto de que el alma obrera se

fije en el partido de la revolución social, que por sus aficiones políticas, por sus procedimientos y otras cosas, no dé que temer al capitalismo y sea fácil pasto a la sirena de la ambición y del halago.

A este instinto colectivo de la vida, consciente algunas veces, inconsciente otras, ha obedecido el número extraordinario que *El Herald* dedicó al socialismo político el día 1º de Mayo; y es tanto el interés que dicho periódico tiene en enaltecer y dar importancia al partido obrero, que se negó a publicar un artículo que para el citado número extraordinario había pedido a Martínez Ruiz, porque Martínez Ruiz escribió en discordancia con el socialismo demócrata; y a idéntico instinto, aunque quizá inconscientemente, rinde acatamiento el concurso que para obreros abrió *El Liberal*, en igual fecha, cuidando mucho de inclinar, con los temas que puso a discusión, hacia la paz y la mansedumbre, la significación de una fecha que, como se ha demostrado, tuvo por origen la guerra al capital, y poniendo todos sus cinco sentidos en premiar a los representantes del socialismo manso, al objeto de que ni se escandalizara el público de *El Liberal*, ni se contribuyera a la propagación *de la idea disolvente*.

En este terreno las cosas, no se trata únicamente de un concurso literario, ni de si un trabajo está mejor o peor escrito que otro; se trata, además, de cosas más altas; se trata de la verdad histórica, de la lógica aplicada a los hechos, de la razón o sinrazón de las tesis que informan los trabajos enviados a un concurso celebrado



en memoria de una fecha socialista, que tuvo caracteres especiales y determinados, descontando, por no venir a cuento o porque lo alargaría demasiado, la cuestión que pudiera llamarse de diplomacia de clase, que es lo que hay en el fondo de este asunto en lo que se refiere a la labor periodística.

Creemos haber expuesto los términos del problema de manera que el lector pueda juzgar los artículos que va a leer con conocimiento de causa. Sólo nos resta decir que, considerando de mal gusto comparar el artículo de un hombre con el de una mujer, que puede haber sido favorecida en consideración al sexo y a la voluntad que representa su acto, hemos desistido de publicar en este folleto el escrito que obtuvo el segundo premio en el concurso de *El Liberal*.

Que los lectores tengan en cuenta lo expuesto y examinen ahora el contenido de los artículos que les presenta

La Redacción de *La Revista Blanca*.

## ADVERTENCIA

Concurrí con los adjuntos trabajos al Concurso para obreros organizado por *El Liberal* para el 1º de Mayo, no con el propósito de obtener los premios, sino con el de poner en evidencia la parcialidad burguesa respecto de las tendencias verdaderamente emancipadoras del proletariado, y con el de tratar los temas con el criterio libertario y darlos después a la publicidad, con el fin de contrarrestar doctrinas que suponía quedarían triunfantes y que juzgo perniciosas para los trabajadores.

El resultado justifica mi previsión: apelo a los lectores de los trabajos premiados, la censura dirigida por Salmerón y García al Jurado en la carta a Urales publicada por el *Suplemento de LA REVISTA BLANCA*, la insinuación hecha sobre el mismo asunto por Martínez Ruiz en el *Heraldo* y la defensa de sí mismo que hizo Iglesias en *El Liberal*.

Que el premio no era mi objeto (me interesa demostrarlo), se prueba, considerando que los temas están formulados como exigiendo solución afirmativa, y yo debía tratarlos negativamente. La dudosa rectitud del Jurado me deja, pues, perfectamente indiferente.

Por mi parte, disfruten en paz D. Matías Gómez Latorre y D.<sup>a</sup> María Guerrero las pesetas de *El Liberal* que les ha adjudicado el Jurado; pero no crean que el veredicto burgués que les ensalza tiene poder para convertir en verdad el error, ni para transformar la

protesta obrera internacional contra el capitalismo en mansa disciplina de partidarios políticos o en tenue lamento de corazones sensibles.

No es cierto, como afirma Gómez Latorre, que “la legislación protectora del trabajo y la fiesta internacional sean un programa y un símbolo para la clase trabajadora consciente, a partir del Congreso obrero de París de 1880”, porque ya en 1866, en el primer Congreso de la Internacional celebrado en Ginebra se dijo: “No hay deberes sin derechos, ni derechos sin deberes”, y tal fue y sigue siendo el programa fundamental y emancipador del proletariado, que no podrá ser anulado, atenuado, ni mixtificado por extemporáneas fiestas de la paz, por estériles peticiones a los poderes públicos, por la elección de diputados obreros ni por ninguna de esas invenciones adormideras en que, para fines utilitarios, tan fecundos se muestran los jefes de los partidos obreros nacionales.

\*\*\*

Mis dos artículos fueron remitidos desde Barcelona certificados por el correo, y, por lo tanto, carezco de recibo. Me consta que fueron recibidos, por haber visto el título de uno y el del otro, con su lema, en la lista publicada por *El Liberal*. Habiendo sido reclamados con carta plenamente justificativa de mi derecho, han sido negados por no presentar recibo. Su impresión se ha hecho, pues, con los

borradores, y si alguna diferencia leve existiera, sería en perjuicio de la presente.

## EL 1º DE MAYO, FIESTA DE PAZ

(Trabajo que obtuvo el Primer Premio en el concurso de *El Liberal*)

Laudable iniciativa de *El Liberal* ofrece hoy a los obreros *manuales* tribuna de inmensa resonancia donde pueda vibrar la voz de toda una clase oprimida, no con acentos rencorosos de agravios seculares, sino con fervor saturado de amorosa concordia hacia todos los hombres, no viendo en ellos amigos y enemigos, explotados y explotadores, sino miembros de una sola familia, la gran familia humana, divorciada por antagonismos de intereses, cuyo término ya se vislumbra y que un día parecieron perdurables.

A tal llamamiento estamos obligados a acudir en primer término los militantes del socialismo revolucionario, porque socialista es la Fiesta del Trabajo y de la Paz, por los socialistas fue instituida y por ellos celebrada cada año con mayor entusiasmo.

Y no nos arredra el temor de aparecer en ocasión tan solemne ante el *gran público* desprovistos de galas literarias, porque ni con este escarceo pretendemos plaza de escritores —¡infelices de nosotros, que apenas si tenemos otra instrucción que la rudimental adquirida en la escuela primaria!— ni ese público puede considerarse defraudado al leer las lucubraciones áridas e incorrectas del *Concurso para Obreros*.

Creemos sólo cumplir un deber exigido por nuestras arraigadas convicciones, y si logramos, siquiera en mínima proporción, desvanecer los prejuicios e injustificados recelos con que una gran

parte de la opinión pública de nuestro país acoge cuanto se deriva de las doctrinas socialistas, nada nos importa la crítica acerba o displicente de zoilos descontentadizos.

\*\*\*

Celebrábase en París la Exposición Universal de 1889. El mundo capitalista congregábase allí en alarde soberbio de grandeza y poderío, emulando todas las naciones civilizadas en lucha incruenta y noble, con las armas de la ciencia y del trabajo. Al contemplar tan hermoso espectáculo, creeríase que, en efecto, la humanidad, abominando de un pasado de odios y guerras de nacionalidad y de raza, hacía un alto en su carrera, dispuesta a entrar resuelta y decidida en las vías de la paz y la armonía, empujando a los pueblos a la conquista y consolidación de la fraternidad universal.

Pero no; en aquel gran Certamen, como en los verificados anteriormente con periodicidad isócrona, sólo a los ojos de observadores superficiales podía aparecer en visión halagadora, muy próxima a trocarse en tangible realidad, la meta de las aspiraciones de todos los amantes de la paz y el bienestar de las sociedades humanas. A través de los espejismos seductores de aquella síntesis suprema de la inteligencia y del trabajo, asomaba con siniestros fulgores la imagen de la guerra secular y homicida de razas y de pueblos, engendrada y perpetuada por la maldita división de éstos en clases y castas, opresores y oprimidos, explotadores y explotados, hartos y hambrientos, que al hacer al

hombre enemigo de su semejante, emponzoña las más puras fuentes de solidaridad y armonía en las relaciones sociales.

Representaba, sí, aquella Exposición, como las anteriores, una etapa recorrida en la senda del progreso; pero como en el pensamiento de sus altos iniciadores permanecía como en depósito sagrado el concepto de la propiedad individual de la tierra y de los medios de producción y de cambio, al que no fuera osado tocar sin peligro de derrumbamiento del régimen capitalista, de ahí que resultara deleznable apoteosis teatral la que al estruendo de las salvas de artillería, de los discursos de los diplomáticos y de los brindis de presidentes y soberanos reinantes, se proclamaba como Fiesta de la Paz.

Pero paralelamente al Certamen convocado por las clases directoras, en el que los verdaderos productores de la riqueza allí acumulada y resumida sólo aparecían difuminados y en olvido desdeñoso, celebrábase un Congreso socialista internacional; representantes genuinos de la clase trabajadora de todo el mundo civilizado, en conjunción sublime de nacionalidad y de raza, sin aparatosa ostentación, con modestia silenciosa que hizo pasara casi inadvertido tal concurso para muchas gentes, que sólo se enteran de los acontecimientos ruidosos, se congregaban para realizar la que, sin hipérbole, puede reputarse obra magna de pacificación y de progreso.

Oradores de fama universal, escritores ilustres, miembros de Parlamentos y Municipios, hombres de ciencia, obreros del taller y de la fábrica; tales eran los delegados de aquel Congreso. Colaboradores todos en el gran laboratorio social, allí no existía esa absurda separación entre obreros manuales e intelectuales que se esfuerzan en mantener los que fían su medro de parásitos al antagonismo de los diversos factores corporativos e individuales que concurren a la obra de la producción en todas sus fases y categorías. Enlazados por un común ideal, el de la emancipación económica de la clase trabajadora, diferencias étnicas y de idioma no eran suficientes a impedir la fusión de todas aquellas inteligencias en un solo pensamiento, en un solo anhelo: en el anhelo y el pensamiento de conducir al Proletariado por amplios y despejados senderos al término de los cuales alcance su ansiada redención.

Para tan larga y penosa peregrinación, preciso era señalar etapas: había que establecer la primera, y tras de maduro examen surgió el acuerdo acerca de la legislación protectora del trabajo, en la que figura en primer término la *jornada máxima de ocho horas*.

Para dar relieve y fuerza incontrastable a este acuerdo, como emanado de la representación de millones de hombres desparramados por todo el mundo, pero animados de una sola voluntad y en marcha hacia la conquista de un ideal que los confunde en una sola aspiración, era necesario sintetizarlo y



exteriorizarlo de manera tan grandiosa a la faz de los Poderes constituidos, que no ofreciera a éstos dudas la inutilidad de su resistencia sistemática a satisfacer las demandas del ejército del Trabajo.

Y por asentimiento unánime fue adoptada la fecha del 1º de Mayo para la Demostración internacional de las aspiraciones *mínimas e inmediatas* de los trabajadores, y por acuerdo universal quedó consagrado ese día al presente y en el porvenir para la Fiesta del Trabajo y de la Paz.

Una década ha transcurrido desde la celebración del memorable Congreso de París: la transcendencia y eficacia de sus acuerdos están a la vista de todo el mundo: sin convulsiones epilépticas, provocadoras de represiones sangrientas que casi siempre llevan aparejadas reacciones y eclipses en el desenvolvimiento normal del progreso, se ha realizado en ese período una profunda transformación en el modo de ser de las muchedumbres trabajadoras de todos los pueblos cultos: aleccionadas por larga y dolorosa experiencia, a su irreflexiva acometividad revolucionaria ha substituido una admirable táctica que multiplica su fuerza de día en día: resultado admirable de esa táctica es la organización de las huestes obreras en los campos político y económico, que a la par logra conquistas en la esfera gubernamental, merced al incesante acceso de sus representantes legítimos a los organismos electivos

del listado, y arranca a la clase patronal concesiones que alivian la pesada carga del asalariado.

Y es que, a partir del referido Congreso, inspirado en un alto sentido de la realidad, la clase trabajadora consciente, sin perder de vista el ideal de emancipación, ha comprendido al fin que para llegar a él necesita nutrir sus legiones dando conciencia de sus intereses a los obreros indiferentes y atraerlos a la lucha activa; y para esta labor, coronada por éxitos asombrosos, tenía ya un programa y un símbolo: la Legislación protectora del trabajo y la Fiesta internacional del 1º de Mayo.

Que esta Fiesta es de paz, lo reconocen ya los mismos que en sus comienzos la acogieron como amenaza apocalíptica contra la sociedad capitalista. ¿Y cómo no ha de ser fiesta de paz la que congrega en fecha determinada a millones y millones de hombres para proclamar la solidaridad como lazo sublime de las sociedades humanas, y el trabajo como base del bienestar social, al propio tiempo que para formular solemne juramento de apresurar, primero por la fuerza de la razón, y en último término por el ímpetu avasallador de multitudes impelidas por anhelos de vida más racional, el advenimiento de un régimen de justicia, no sólo vislumbrado por pensadores ilustres, sino requerido por la rápida evolución económica que se realiza en nuestros días?

Tal virtualidad revistió desde el primer momento la Manifestación internacional del Trabajo, que no han logrado bastardearla los

recelos miedosos de los gobiernos, ni las tentativas insensatas y suicidas de los que por el terror presumen derrumbar todo un régimen social, sin conseguir otra cosa que aguzar el instinto de conservación en los sostenedores de ese régimen, y suscitar sangrientas represalias y retrocesos; estériles han sido las asechanzas de unos y de otros, y la obra pacificadora de los trabajadores se realiza cada vez con mayor desembarazo y con resultados más brillantes.

Entre éstos, y sin pecar de ilusos, puede incluirse el de que quizá deba la humanidad el aplazamiento indefinido de esa temida guerra, que tantas veces parecía próxima a estallar entre dos o más grandes naciones europeas, a la actitud reflexivamente pacífica de la clase trabajadora militante: porque podrían, sí, entablar batalla los ejércitos; pero ¿hay gobernante digno de este nombre que se atreva a asegurar que la fuerza enorme que hoy representan las masas trabajadoras, organizadas y disciplinadas bajo banderas de reivindicación social, había de permanecer inactiva y sin desbaratar con la pesadumbre de su poderío los planes diplomáticos y estratégicos mejor calculados?

\*\*\*

¡Paz!, claman por cima de las fronteras en este solemne día millones de trabajadores del campo, de la mina, del taller, de la fábrica, del laboratorio, de la cátedra, de todos los centros que concurren a la obra de la producción social.

¡Guerra!, responden todavía los representantes de un régimen que por fatalidad histórica y como condición de vida sostiene la discordia en las relaciones de todo orden, desde las familiares hasta las internacionales.

¡Paz!, repiten los que viendo en todo hombre un hermano y en cada frontera un obstáculo a la fraternidad, se aprestan a implantar el reinado de la justicia en la tierra sobre la base de la solidaridad humana.

¡Guerra!, gritan los defensores de una sociedad caduca y sin ideales, cimentada en la rapiña y el despojo de los débiles, hombres y pueblos, a favor de la malhadada clasificación de aquéllos en clases y nacionalidades.

Mas en este batallar de la sociedad que agoniza con la que alborea en los horizontes de la historia, el resultado no ofrece dudas: el triunfo definitivo, seguramente más próximo de lo que vaticinan profetas pesimistas, será del hermoso ideal de fraternidad y de justicia encarnado en el socialismo científico: así lo exige, lo demanda, lo impone, no ya la fuerza abrumadora del número de adeptos de esa doctrina, sino las necesidades de la época moderna. No es posible ya, sin desequilibrio cada vez más perturbador de los cimientos de la vida social, prolongar esa antinomia entre el modo de producción actual, esencialmente colectivo, y el de distribución de la riqueza, de día en día más individual y restringido, cuyos resultados se traducen en extrema

miseria y dependencia para los más y los mejores, los laboriosos y útiles, y en plétora de goces para una minoría cada vez más reducida, la de los parásitos e improductivos.

\*\*\*

Abrid, pues, los pechos a la esperanza, vosotros los explotados, los oprimidos, los esclavizados de la edad presente, y aun vosotros también, los explotadores y señores: en la sociedad igualitaria que se avecina, aquellos serán redimidos de sus miserias y dolores, y éstos trocarán su papel de opresores por el de hermanos y colaboradores en la obra del progreso social; de esta suerte, la paz y la armonía entre los hombres, se afirmarán sobre bases inconmovibles, y la humanidad caminará sin obstáculos a la conquista de su bienestar y perfección.

Nuncio de era tan dichosa es la Fiesta del 1º de Mayo, llamada por antonomasia FIESTA DE LA PAZ: celebrémosla todos con el entusiasmo que suscita su hermosa significación, y al enlazar simbólicamente nuestras manos con las que hoy nos tienden millones de hermanos a través de fronteras, mares y montañas, sea nuestro grito unánime:

¡Viva la Fiesta de la Paz y la Fraternidad universal!

**Matías Gómez Latorre**

## LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ

“La paz es la resultante de la reciprocidad entre los derechos y los deberes”.

Si en un principio, allá en los remotos tiempos a que únicamente la geología es capaz de atribuir, si no una fecha, a lo menos una época, brotó el hombre con los atributos esenciales de su ser, tipo perfecto y personificación comprensiva del hombre histórico de todas las edades, de todas las razas y de todas las latitudes, y nos le representamos rodeado de todos los seres vivientes, cabe considerarle como el más inferior, porque la razón, el sentimiento y la voluntad, facultades que le distinguen y que son valiosísimas cuando operan sobre un capital intelectual, carecían de valor en aquel momento inicial de la vida y le colocaban a más bajo nivel que los animales, que poseían el instinto y llevaban consigo desde su aparición en el mundo aquel absoluto cuyo concepto había él de tardar mucho en concebir.

Colocado el hombre en situación tan desdichada, hubo de tomar como maestros a aquellos seres relativamente perfectos, aprendiendo de ellos las nociones rudimentarias de la ciencia de la vida, realizando así su primer acto inteligente, cuyos frutos conservaría primero por la memoria y después por la tradición, cuando alcanzó ese bien imponderable que se llama el lenguaje.

Inaugurada con tan brillante y grandiosa adquisición la evolución progresiva, sentiríanse orgullosos aquellos remotísimos antepasa-

dos nuestros, y si fuera posible hacer abstracción de las penalidades consiguientes a la determinación de aspiraciones de realización dificultosísima o imposible que brotarían desenfrenadas de su ingenua imaginación, habría asunto para trazar un cuadro de sublime poesía representándonos aquella generación que aprendió a vivir, comenzó a pensar y pudo pronunciar el primer “yo te amo”, que brotaría melódico y dulce como el tema fundamental de la gran sinfonía que ejecuta el Universo sin límite ni fin en el tiempo y en el espacio.

Por desgracia la edad de oro, concepción de nuestros poetas, atribuida a tiempos fabulosos y que para existir necesita el reposo de una tranquilidad sosegada y perfecta, no puede admitirse como existente en aquellas primitivas épocas, en que los azares de la vida tropezarían a cada paso con mortales peligros y en que todas las manifestaciones del yo tenderían forzosamente a considerar en cada semejante un concurrente, y, por tanto, un enemigo.

Con el curso de los tiempos se formaron las agrupaciones sociales, se creó esa solidaridad parcial que da la fuerza de la unión a cada una de las fracciones enemigas disgregadas del gran todo humano que, inspiradas en un propósito egoísta, fundaron su prosperidad en la dominación y en el exterminio de las contrarias.

Surgió la guerra, aberración incomprensible, mal infinito; porque si su maléfica extensión es grande por las ruinas que causa, las vidas que destruye y las que impide que se formen, mucho más lo

es por poner en contradicción el pensamiento, que se eleva hasta la moral más sublime, con la acción, que se rebaja hasta el crimen más sangriento.

Y ese mal, esa contradicción, constituye, desgraciadamente, la esencia de la historia: florecientes naciones de la antigüedad que reunieron grandes conocimientos, producto de la observación y del estudio, desaparecieron asoladas por la guerra, dejando entre sus ruinas restos de preciosidades científicas y artísticas que hoy admiramos; las naciones que les sucedieron consumieron sus energías en el manejo de las armas, obligadas unas veces por la necesidad de la defensa e impulsadas otras por la codiciosa ambición de la conquista, pasando siglos en que, mientras acá o allá brillaba un genio de primera magnitud que asombraba al mundo con un portento de la inteligencia, la generalidad de los individuos, confundidos en la indiferenciada comunidad de la ignorancia, eran lo que todavía se conoce con el denigrante nombre colectivo de *masa popular*.

Lástima grande que quienes han podido con el auxilio del microscopio descubrir la vitalidad más allá de los límites, al parecer infranqueables, en que se desarrollan los infinitamente pequeños, y han dirigido al espacio sus potentes telescopios para someter a la observación los infinitamente grandes, deduciendo del conocimiento de unos y otros utilísimas reglas prácticas, no hayan podido, a la vez que obtenían la consideración de sabios, merecer la de justos.



La justicia, esa virtud individual y recíproca y, por tanto, universal en la humanidad, que obliga a dar a cada uno lo que le es debido, ha sido desconocida en la constitución íntima de las sociedades, cuyos códigos responden principalmente a la sanción de una arbitrariedad, y los poderes públicos que las rigen, más son conservadores de los abusos erigidos en ley que defensores del derecho inmanente de los asociados, los cuales, por hallarse bajo la tutela de la autoridad, carecen de la consideración de tales asociados, para quedar reducidos a lo que en el lenguaje político significa la denominación de vasallos o ciudadanos.

Es inútil toda lamentación; los hechos son así y la historia, que los recopila, no puede rehacerse a medida de nuestros deseos y aspiraciones.

Pero si la humanidad tiene a su cargo y lleva sobre su capacidad sensible la responsabilidad y los sufrimientos de tantos desastres, no por eso puede sostenerse con razón que así ha de suceder siempre.

No tienen razón los pesimistas que sostienen:

“No faltarán menesterosos de en medio de la tierra”.  
(Moisés, Deut., XV, 11.)

“Porque siempre tendréis pobres con vosotros”.  
(Jesús, Evang., según Mat., XXVI, 11, y, según Juan, XII, 8).

“Sufrir y padecer es la suerte del hombre, y por más experiencias y tentativas que el hombre haga, con ninguna fuerza, con ninguna industria podrá arrancar enteramente de la vida humana estas incomodidades”. (León XIII, Encíclica *Rerum Novarum*.)

“La naturaleza ha llegado al perfeccionamiento relativo de las especies por la eliminación sucesiva de los individuos mal conformados... los que quieren establecer un equilibrio artificial entre los débiles y los fuertes, van contra las leyes de la naturaleza”. (Haeckel, *Morfología*.)

“Todos esos males que nos afligen y que parecen a los ignorantes consecuencia clara de tal o cual causa removible, son el inevitable cortejo de la obra de adaptación que se está cumpliendo...” (Spencer, *El Individuo contra el Estado*.)

Y carecen de razón, si para combatirlos no hubiera otros fundamentos, por la lógica de sus mismos razonamientos y aspiraciones.

“Y tendremos justicia, cuando cuidaremos de poner por obra todos estos mandamientos delante de Jehová nuestro Dios, como el nos ha mandado”. (Deut., VI, 25.)

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los Cielos es perfecto”. (Jesús, Evang., según Mateo, V, 48.)

Siendo incompatibles la justicia y la perfección con la supuesta desigualdad constitutiva de la sociedad que establece la vinculación de la riqueza social en una clase favorecida y deja la pobreza como patrimonio de número tan inmenso de desgraciados, es evidente la contradicción en que se encuentran consigo mismos los personajes bíblicos citados, y la falta de razón con que el continuador de la tradición mística aconseja la paciencia a los expoliados y oprimidos.

Respecto del pesimismo de los sabios, si no es adulación a los poderosos o vil servicio prestado a los gobiernos, puede asegurarse que es una consecuencia falsa de una teoría científica. Reclus ha demostrado que la lucha por la existencia no es la ley predominante en el sistema de la evolución orgánica, según la concepción darvinista, sino que aquélla se halla, no ya neutralizada, sino considerablemente superada por su antagónica la reciprocidad para la existencia.

Ahora bien; la humanidad ha venido careciendo de fijeza, como el cuerpo que se halla fuera de su centro de gravedad. No tiene paz, porque no ha determinado aún la justicia en sus instituciones, en sus acciones ni en el desenvolvimiento de sus aptitudes y facultades, y donde no hay justicia, no hay, no puede, no debe haber paz, y si la hubiese aparente por una de aquellas

aberraciones que a veces dominan en ciertas épocas en determinados países, ¡maldita sea!

Esa paz, propia de degenerados y cobardes, es la complacencia estúpida por la cual las víctimas aceptan la complicidad con sus verdugos; inmoralidad gravísima, desdoble de otra de alcance ilimitado, por la cual, después de agotada una categoría completa de infamias, eleva al *summum* la segunda, y priva al paciente de todo consuelo, porque no puede tenerlo, ni lo merece, quien ayuda a su propio martirizador.

El estado normal del mundo era, pues, la guerra, a consecuencia de que su estado moral era la injusticia. Ya lo hemos visto: en virtud de una teoría científica que justifica al más fuerte, ha podido decirse con cínico descaro: *La force prime le droit* (la fuerza es superior al derecho).

Pero la fuerza dominadora de la injusticia, por extensos que hayan sido sus dominios, por grandes y aguerridos que fueran sus ejércitos, por desalmados y crueles que pudieran ser sus sayones, tuvo siempre vida perecedera, por no decir relativamente efímera, y al fin sucumbió al poder invencible del pensamiento verdadero y justo, el cual, aunque en su origen tuviera por único medio de exposición, ataque y defensa, un solo cerebro y una sola voluntad contenidos en un hombre de carácter tímido y pacífico, extendió su acción poderosa inculcándose con mayor o menor rapidez en las inteligencias, hasta llegar indefectiblemente a completar una de

esas evoluciones que son otras tantas etapas de la vía del progreso; y esta afirmación está en la conciencia de todo el mundo, aun de aquellos mismos que intentan negarla.

Indestructibles parecían aquellos imperios orientales de la antigüedad, que más que naciones eran escenarios para representar la soberbia de sus soberanos, tan elevados como dioses, y la vileza de sus súbditos, tan bajos como parias, siendo hoy sus territorios campos yermos, montones de ruinas y morada de fieras, después de haber intentado en vano sus dominadores conquistar pueblos aparentemente débiles, aunque fortificados por el saber y por la justicia de su defensa.

Poderoso fue aquel imperio romano que llevó sus armas victoriosas a los confines del mundo conocido y cedió su dominio a las bárbaras hordas del Norte que por misterio psicológico unían a su ferocidad cruel la candidez primitiva.

Fuertes fueron aquellas monarquías europeas posteriores a las irrupciones de los bárbaros y, no obstante, hubieron de transigir con la acción roedora del señorío feudal.

Aterrador fue el poder de aquellos señores feudales que alternaban la majestad de la soberanía con la brutalidad del capitán de bandidos, y al fin hubieron de doblegar la cerviz ante la solidaridad de los campesinos y artesanos constituidos en Municipio libre.

Carácter eterno pareció adquirir aquella teocracia que insinuaba su poder con la presencia de un fraile en la corte revestido del carácter de confesor de S. M., y llegó a obligar al rey a llevar un haz de leña para la hoguera inquisitorial, y con todo ese poder ha sido impotente para impedir que se rompiera para siempre la unidad católica, y se estableciera la tolerancia religiosa y el registro civil.

Bien consolidada se cree esa burguesía que extiende por el mundo los *trusts* a la americana y representa la última línea de defensa del privilegio que, asediada por el proletariado, sucumbirá, al fin, dejando sus millones, sus palacios y su necio endiosamiento, a los pies de las turbas triunfadoras por la Revolución Social.

Lo positivo es que el trabajador, esclavo ayer, asalariado hoy, libre nunca, y tan hombre como los que a fuerza de usurpaciones y privilegios quieren atribuirse la posesión exclusiva de las facultades humanas, desprecia la mentida superioridad de sus explotadores y lanza al mundo el programa de su emancipación: “No hay derechos sin deberes, ni deberes sin derechos”.

Y ya nos hallamos en presencia del socialismo, denominación aplicada al movimiento libertador del proletariado, fundada en el empeño de adaptarlo a las preocupaciones corrientes, y que, por no tratarse de escuela ni sistema concreto, y no ser en su principio más que conjunto de trabajadores que, sin trabas de raza, de frontera, de idioma, de religión ni de costumbres, rechazan la sistemática exclusión a que viven reducidos y reclaman su legítima

participación en todos los beneficios sociales, ha sido denominado por muchos proletariado militante, el cual, definiendo rápidamente sus aspiraciones emancipadoras, impulsando la ciencia social, dirigiendo sus críticas y sus ataques al privilegio, llegará a ser, no ya proletariado triunfante, sino generoso nivelador de las categorías sociales y dispensador de la felicidad para todos, ya que por el establecimiento de la justicia inaugurará el eterno reinado de la fraternidad.

La fe en resultados racionales de antecedentes positivos, es, como dice San Pablo, con expresión admirable de sublimidad y sencillez, la substancia de las cosas que se esperan, y la demostración de las que no se ven.

Esta fe, que de tal manera fundada es tan firme como la evidencia misma, promete que un día, un 1º de Mayo, en virtud de gloriosos antecedentes, se inaugurará la Fiesta de la Paz.

No será ya, como la Fiesta del Trabajo de nuestros días, pretexto fracasado que tenía por objeto contar las huestes de combatientes obreros dispuestos a luchar contra hijos de obreros regimentados por los poderes públicos para la defensa del privilegio; ni una muchedumbre agitada, pronta a recibir sugerencias revolucionarias; ni tampoco una fuerza que se proponga exigir una mínima atenuación de sus sufrimientos; ni menos una protesta inútil perdida entre vanas declamaciones, serie de sucesos, fatal unas veces, necesaria otras durante el período de evolución ascendente, inútil

después de la evolución realizada: será la fiesta de la paz consiguiente a la abolición de la guerra, por la desaparición absoluta de todas sus causas.

La ciencia —más eficaz que la moral mística, que se confiesa de palabra y se reniega con las obras a pesar de sus castigos y recompensas espirituales— dará a todos y a todas plena conciencia de su derecho y de su deber, aclarará la noción de los fundamentos racionales y naturales de la sociedad, y sobre ellos fundarán nuestros dichosos descendientes cuantas instituciones sean precisas para la satisfacción de todo género de necesidades.

El patrimonio universal, libre de injustas vinculaciones, pondrá a la disposición de todo el mundo los bienes naturales, los producidos por el trabajo ininterrumpido en el curso de las generaciones, y la ciencia, la cual condensa en su estado de metodización actual el fruto del estudio, del cálculo y de la observación de todos los intelectuales que han existido y existen.

Natural es que nuestros descendientes que vivan en tales condiciones, satisfechos de ser dueños de sí mismos y sintiéndose dichosos por haber alcanzado esa positiva edad de oro, sientan también la necesidad de hacer colectiva y universalmente una pausa en las diferentes empresas a que dediquen su actividad y en ella se abismen en la contemplación de la felicidad adquirida, no por donativo de una gracia sobrenatural, sino ganada per propia virtud, conquistada tras una lucha incesante de muchos siglos



contra la ignorancia, y esa felicidad, infinitamente aumentada por la profunda y minuciosa conciencia que de ella tendrán y por la seguridad de que no pueda ser jamás destruida por el error, les inspirará grandes sentimientos de gratitud hacia aquellas infelices generaciones pasadas a quienes se debe bien tan grande y afirmará hasta lo sumo el propósito de conservarlo para siempre.

Las penalidades de las hordas nómadas en busca de sitio a propósito para fijar su residencia; las dudas y temores de los primeros hombres que, colocados sobre frágil leño, osaron arrostrar el poder inmenso de las olas; las fatigas de las primeras colonias que convirtieron en frutos primorosos las riquezas naturales atesoradas en deliciosas comarcas convertidas por este hecho en el suelo de una patria; la sangre derramada en su defensa contra la irrupción de conquistadores que fundan su vida y su gloria en el dominio y la usurpación; la esclavitud del vencido y los sufrimientos del villano; el heroísmo del pensamiento frente a las imposiciones dogmáticas; las conspiraciones, sacrificios y nobles entusiasmos de los libertadores que intentan derrocar los tiranos; las pacientes investigaciones de los sabios que arrancan a la naturaleza sus secretos para utilizarlos aplicados a las necesidades de la vida; el portento de energía y de intelectualidad de aquellos trabajadores que, despojados de todo recurso, crearon una ciencia social y organizaron una potente fuerza revolucionaria; aquellas maravillas industriales y aquellos poderosos medios de comunicación rápida que redujeron los más distantes países a la condición de barrios

algo apartados de una ciudad única; las víctimas sacrificadas en los campos de batalla, en la defensa de las poblaciones, en los altares de los ídolos, en las hogueras inquisitoriales, en las barricadas populares, en los calabozos de los tiranos, en las prisiones, en el destierro, en la deportación: masa caótica que, paulatinamente, a fuerza de movimiento y vida, va condensándose en organismo perfecto en que domina la ciencia, la justicia, la economía y la dicha... todo eso, presente a la conciencia de cada uno, representado en símbolos artísticos y reuniendo a todos en las futuras olimpiadas de la paz, que se celebrarán más allá de los límites perfectamente franqueables de la injusticia, inspirarán a los individuos, a las agrupaciones y a la gran colectividad humana la inmensa dicha de vivir.

**Anselmo Lorenzo**

## LO QUE DEBE SER EL TRABAJO DE LAS MUJERES Y LOS NIÑOS

El Adán y la Eva revolucionarios, reingresarán en el Paraíso terrenal.

Para ceñirse estrictamente al tema y obtener el resultado que indudablemente se propuso su autor, es preciso examinar la esencialidad característica de la mujer y del niño, la capacidad productora de ambos, sus relaciones con el hombre, considerado como esposo y como padre, y las del grupo familiar con la sociedad. Después, para que el trabajo tenga, a la vez que carácter científico, utilidad positiva, conviene juzgar la relación en que la actual sociedad se halla con la evolución progresiva que la humanidad viene realizando.

La mujer es lo que puede ser por las facultades y energías que por la naturaleza posee y lo que le obligan a ser las circunstancias del medio en que se desarrolla: así la vemos esclava, prostituta, sacerdotisa y diosa en la Antigüedad; lo mismo continúa en la Edad Media, aunque varíen los nombres y las apariencias, a pesar de la influencia que sobre ella pudiera ejercer el cristianismo, y así llega a nuestros días en que, según una pensadora eminente, doña Concepción Arenal, “la mujer en el templo puede ser madre de Dios y es menos que sacristán, y en el Estado puede ser reina y estanquera, sin que le sea permitido el desempeño de ninguna función intermedia”.

Según el novísimo Código civil español, la mujer debe obediencia al marido, a quien ha de seguir y de quien necesita humillante permiso para muchas cosas en que el hombre, por incapaz que sea, es absolutamente libre, y aun ha de sufrir como vestigio de la barbarie de remotísimas épocas esta vergonzosa desigualdad: si la mujer encuentra al marido en íntima relación sexual con la criada, por ejemplo, tiene, como esposa y ama de su casa, el derecho de despedirla y aun el de reprender al marido, y si se propasase a maltratarles se la castigaría, teniendo sólo en cuenta la circunstancia atenuante del arretrato; pero si el marido encuentra a la mujer en caso análogo, tiene el derecho de matarla y a su cómplice en el acto, pudiendo ser castigado con la pena de destierro de seis meses a seis años, según las circunstancias.

Como se ve, el concepto histórico y actual de la mujer que se deduce de esa breve exposición es inicuo, y reconociéndome incompetente para rectificarle por cuenta propia, copio estas palabras de la doctora Aleu: “la organización masculina y femenina no se distinguen en los primeros tiempos de la vida intrauterina, ni en la niñez se ven diferencias entre niños y niñas en punto a la capacidad de sus facultades. Estas diferencias se marcan, precisamente, cuando viene a modificar las respectivas aptitudes la instrucción en uno y otro sexo”.

La diferencia de derechos existentes entre el hombre y la mujer es, pues, resultado, más que de un concepto racional, de una serie de preocupaciones evidentemente injusta.

El niño es un ser incompleto en estado de desarrollo al que la sociedad debe protección, asistencia, enseñanza y educación, aunque sólo sea a título de crédito o anticipo como futuro productor.

La existencia de esa clase de niños abandonados o huérfanos, llamados *golfos*, que, según las circunstancias, practican una moral que oscila entre la del ángel y la del granuja, es una ignominia de las muchas que tiene a su cargo la sociedad presente, que se precia de civilizada, cristiana y democrática.

No desperdiciaré esta ocasión de maldecir con la más enérgica protesta, además de la iniquidad que acabo de citar, la cobijada a la sombra de la bandera de la culta y libre Inglaterra, conocida con el nombre de “Mercado de niños”, que denuncia Héctor France en su libro *Les Vanu-pieds*, consistente en el alquiler de niños de ambos sexos, por sus padres, para el trabajo y para el vicio; y la denominada *Mises d'enfants* (subasta de niños), que, según Kropotkine, tiene lugar en ciertos cantones suizos, donde la autoridad municipal arranca violentamente sus hijos a la viuda pobre y los entrega al que quiere explotarlos, mediante la aceptación de la menor cantidad entre varios licitadores. Confundo en la misma ardiente protesta la explotación de la infancia que verifica el capitalismo, infame dios Moloch de nuestros días, en las

cuencas hulleras y en todos los centros industriales y manufactureros de Europa y América.

Es preciso que entre nuestros hijos (la generación que surge), y nosotros (la generación que sucumbe), se justifique el hermoso pensamiento contenido en la estrofa de los niños de la *Marsellesa*:

“Nous entrérons dans la carrière  
Quand nos ainés n’y seront plus.  
Nous y trouveront leur an poussière  
Et la trace de leurs vertus”.

Es decir, que nuestra sabiduría y nuestra rectitud sirva de guía a nuestros descendientes y no se interrumpa nunca más la práctica del bien sobre la tierra.

Carece absolutamente de valor sociológico, que hombres que se aferran a lo existente, como si hubiera de ser invariable y eterno, digan con el difunto Carvajal:

“Las familias obreras restablecen el equilibrio por el concurso de todos los que la componen, que se rompería en cuanto se aboliese o se entorpeciese el trabajo de la mujer y de los hijos”.

“Si los hijos de los obreros no trabajan, es seguro que comerán menos y vestirán peor”.

Porque a los que así piensan puede ponérseles delante esta objeción. ¿Es eterna la actual constitución de la familia? ¿Ha de ser siempre asalariado el trabajo? Y con las respuestas negativas que dan los actuales conocimientos sociológicos y los propósitos emancipadores del proletariado, quedan completamente eliminados esos pensadores. Salmerón lo ha dicho:

“lo más erróneo, lo mismo en los individuos que en las colectividades, es la tendencia a considerar inmutable la organización en que se vive”.

La industria moderna, al añadir a la explotación del hombre la de la mujer, se encargó de demostrar la potencia productora femenina: arrancó a la mujer del hogar patriarcal, la aprisionó en la fábrica y la sujetó a la máquina; pero eso mismo ensancha la esfera de su actividad, le abre los amplios horizontes de la vida pública, le obliga a arrojar los penates al arroyo y la emancipa de la maldición de su inferioridad. Por la misma causa la superioridad intelectual del hombre queda en interdicto y a merced de la enérgica concurrencia que en diversos países le hace la mujer en la enseñanza, en la administración, en las ciencias, en las letras, en las artes, en la industria, en el comercio, en que hay falanges de mujeres que se lanzan con valentía a la adquisición de puestos que mantienen con distinción y honor, sin que en ninguna de las posiciones invadidas se muestren inferiores al hombre. No contentas con esto, probada su capacidad de trabajar, de estudiar y de ejercer, como los

hombres, han probado últimamente su aptitud creadora por gran número de inventos, sancionados con patente de invención, algunos de ellos con la circunstancia meritoria de haber alcanzado brillante éxito donde fracasó la inteligencia de más de un famoso ingeniero. Complázcome en incluir aquí las siguientes palabras de Sanjuán y Martínez:

“Nada está negado a la mujer. Ella ha manejado con encanto la lira de Apolo, con heroísmo la espada de Marte, con superior sabiduría la ciencia de Minerva, con perfección el cincel de Fidias y con asombro el pincel de Apeles”.

Si como productoras, inteligentes y creadoras valen las mujeres, añadiré, aun saliéndome de mi primitivo plan, la demostración de su valor moral: según las estadísticas, la criminalidad de la mujer es muy inferior a la del hombre, y si bien puede echársele en cara la prostitución, inmoralidad que comparte en sus causas y en sus efectos con el hombre, aunque a ella sola le toque cargar con los males que trae consigo, harto se halla compensada con las virtudes y aun los heroísmos de la maternidad, especialmente en el estado de viudez, todo lo cual induce a un sabio antropólogo ruso a afirmar que, cuando la mujer sea socialmente igual al hombre, vendrá el fin del militarismo y la completa pacificación del mundo.

\*\*\*



He negado antes la eternidad de la actual familia, y debiendo ocuparme ahora de las relaciones de la mujer y del niño con el hombre, considerado como esposo y como padre, he de justificar aquella negativa, aunque al hacerlo y exponer el movimiento feminista, con su tendencia a la igualdad política y civil de los dos sexos, haga sonreír desdeñosamente a los que, por rutina y carencia total de pensamiento acerca del asunto, profesan esta idea que Proudhon expresa con brutal sencillez y que reproduzco con repugnancia sólo en prueba de imparcialidad.

“Creo que es elevar a demasiada altura a la mujer llamándola compañera del hombre. Feliz y loable la que puede merecer semejante título; pero pequeño y despreciable el hombre que no es muy superior a esta compañera. La mujer no es una criada, ni una mercenaria, ni una concubina: es menos que eso; una pupila cuya vida es una emancipación perpetua que acaba con la muerte. Misión de la mujer: gestatriz y nodriza”.

En el mundo han existido y existen actualmente, según el origen iniciado por costumbres primitivas y el curso seguido por las civilizaciones especiales, los siguientes modos de relacionarse hombres y mujeres: Promiscuidad, poligamia, poliandria y monogamia, de lo que resulta patente que el actual matrimonio no es original ni natural, sino un resultado de la evolución, y, por tanto,

siguiendo la lógica relación de las causas con los efectos, ha de admitirse que a futuras transformaciones sociales corresponderán formas distintas de relaciones sexuales.

Rafael M. de Labra, dice:

“Al lado de la cuestión económica se halla otra de que pocos todavía se ocupan, y es la transformación de la familia, estacionada con relación a los progresos que todas las demás instituciones jurídicas y sociales del mundo cristiano han hecho en estos últimos años”.

La tendencia a la libertad inclina a rodear a los individuos de todos los medios de desarrollo de las propias facultades, a fin de poner en aptitud de ser responsables a los que aspiran a ser felices; por eso la capacidad intelectual de la mujer, ampliamente demostrada ya, pone de manifiesto que su trabajo ha de ser tan libre y tan extenso como lo sean las facultades, las aptitudes y las vocaciones individuales de las mujeres, con una exclusión única: la de ser explotado.

Por este medio se realizará el gran progreso de que la mujer deje de ser la esclava o la protegida del hombre, para ser su digna compañera: sólo cuando el hombre y la mujer estén en condiciones perfectas de libertad y de independencia, serán las uniones sexuales retrotraídas a la pureza natural anterior al supuesto pecado original, y el matrimonio, o como se llame lo que le substituya, perderá ese vestigio que aún le queda de la prostitución

histórica, manifestado por el pensamiento, a poco que se analice, y revelado por las mismas prácticas rituales de que la ceremonia matrimonial se rodea.

Respecto de los hijos, la familia actual adolece del gran inconveniente de reducirlos a desarrollarse, educarse e instruirse con los medios de que disponen sus padres, y siendo la educación y la instrucción un arte y un conjunto de ciencias que necesitan de la reunión de muchas inteligencias y grandes recursos, han de llenarse de una manera defectuosa y aun viciosa hasta para los ricos, y escasísima y nula para los pobres.

El modo de ser de la propiedad determina la forma de las instituciones humanas, y el matrimonio no se exceptúa de esta ley: la familia, pues, a pesar de cuanto diga el Génesis y las Epístolas de San Pablo, no se funda en la leyenda de Adán y Eva, sino en la necesidad de conservar lo *mío* para los *míos*, en contra de lo *tuyo* y de lo *suyo* para los *tuyos* y los *suyos*; es decir, la necesidad de aplicar el sacrificio a lo que se ama, dejando a un lado lo que no se ama o lo que se odia.

Por las consideraciones utilitarias que presiden a la celebración del matrimonio, éste no pasa de la legalización de uniones de inmoralidad dudosa, porque, o bien la mujer rica compra el varón para su uso o el hombre rico adquiere la hembra, o entre proletarios el hombre con su jornal mantiene a la mujer, o si los dos contrayentes son burgueses ricos el régimen dotal los coloca en

cierta independencia, o si ambos son jornaleros fácilmente se lo lleva todo la trampa. La consecuencia es que la unión contratada tal vez con disconformidades físicas y morales, por una especie de razón de Estado, o como medio de satisfacción de pasiones animales, en que el amor, que debiera ser el principal elemento, queda relegado a último término, y da lugar a una descendencia raquíca, mal conformada y falta de vigor.

Claro está que una sociedad cuya célula social, la familia, según frase consagrada por el uso, se halla en semejante déficit con la naturaleza, con la razón y con la economía, no es progresiva, ni siquiera estacionaria, porque, así paralizada, la sobrecogería la muerte por aniquilamiento; ni tampoco regresiva, porque, viciada por tanta inmoralidad, se halla en desacuerdo con la rectitud y severidad de tiempos pasados.

Las condiciones económicas ejercen sobre los individuos y las clases sociales la misma influencia que la propiedad sobre las instituciones.

Desde que la mecánica aplicada a la producción estableció la división del trabajo y simplificó las operaciones técnicas, la mujer y el niño reemplazaron al hombre en la fábrica.

Antes el obrero poseía el título de oficial como un profesional científico su diploma académico, y era carpintero, albañil, zapatero, etc., como otro es médico, abogado o arquitecto. Con ese título ostentaba también el de jefe de familia, porque de ella era el único

sostén, mientras la mujer cuidaba de la administración y de los asuntos domésticos, y los hijos iban a la escuela, hasta que, completada su educación elemental y alcanzada la edad a propósito, comenzaban el aprendizaje del oficio que le pondría en condiciones de ser hombre, es decir, unidad social, o sea jefe de una futura familia.

En la actualidad, el maquinismo y el capitalismo rechazan cuanto pueden al obrero inteligente, substituyéndole en multitud de industrias por máquinas asistidas por mujeres y niños que cuestan menos y dan más ganancia, aunque, para obtenerla, haya necesidad de producir el inmenso y doloroso desastre que un escritor insigne condensó en *Germinal*.

Dispersada la familia obrera, hecho positivo en principio, como se comprueba por la estadística de los países industriales, por la alarmante disminución de los nacimientos y por otras muchas manifestaciones, imposibles de incluir en este trabajo, aunque otra cosa digan los que no ven o no quieren ver estos fenómenos sociales; reducido el obrero a la miseria, sin pasar ya apenas de la categoría de peón; la mujer convertida en fuerza, despojada de la gracia y de la belleza y habiendo adquirido los vicios propios de semejante degradación; el niño, bestial y raquítico, por faltarle educación, enseñanza y asistencia, presentase el Estado como un salvador dispuesto a dictar leyes protectoras encaminadas a impedir la degeneración de la especie... Dejo la palabra a Carvajal:

“¡El Estado! Donde quiera que en materia de libertad pone su mano, lo echa todo a perder, y es donosísimo cómo alardea ahora de protector de los niños contra los padres”.

“Estas cuestiones delicadísimas y vidriosas no puede tocarlas el Estado con su pata de elefante, sin hacerlas añicos y ocasionar mayores daños”.

\*\*\*

Aquí lo que corresponde, digámoslo con digna franqueza, no es tratar del imposible de corregir un efecto que hiere nuestra sensibilidad y afecta en cierto modo a los convencionalismos corrientes, sino atacar las causas, único y exclusivo modo de corregir el efecto que se deplora. Limitar, dificultar o impedir el trabajo de la mujer y del niño, sobre ser imposible de conseguir, sería además absolutamente ineficaz para obtener los resultados de moralización, de higiene y de protección que se pide al Estado. No sirvió para impedir el abuso de los poderosos el temor de las penas del infierno en aquellos tiempos en que se hacía ostentación pública y universal de la fe religiosa, conque menos han de servir los impedimentos estatistas cuando tan fácil es comprar con una propina la tolerancia de un funcionario. Lo que ha de hacerse es abolir la usurpación de la riqueza pública y desvincular la posesión de los medios de producir, y sin preocuparse de lo que deba ser el trabajo de las mujeres y de los niños, dejar que la libertad,

fecundando la inteligencia y el amor de los hombres, siga su curso natural y establezca sobre base inquebrantable la normalidad de la justicia en las relaciones humanas.

Cuando se considera que cada fuerza-caballo técnico es igual a la fuerza de tres caballos, que cada caballo equivale a la fuerza de siete hombres, y que con organismos de hierro impulsados por el vapor y la electricidad, hemos creado en poco más de medio siglo una fuerza superior a 2.000 millones de fuerzas humanas, mientras que la población del planeta apenas llega a 1.500 millones de habitantes, y se ve que hemos aumentado de modo tan asombroso nuestra potencia creadora, pensar en lo que debe trabajar la mujer y el niño para saciar la insaciable codicia del burgués, es perder el tiempo: lo único que debe hacerse es transformar la propiedad y poner a todo el mundo en posesión del patrimonio universal.

**Anselmo Lorenzo**